



CAPITULO XII.

JUVENTUD: AMOR: ORACION.

Cuando Edmundo llegó á Santo Tomas, la iglesia comenzaba ya á llenarse de gente: escurrióse, pues, por en medio de los que encontraba para buscar á Antonina, sin olvidarse por esto de que se hallaba en un lugar sagrado; hizo piadosamente la señal de la cruz, y se dirigió hácia el otro costado de la nave.

En su espíritu, así como en su corazón, el nombre de Antonina y el de Dios, el amor y la fe se mezclaban fácilmente, como se mezclan y se confunden dos llamas del mismo hogar, dos perfumes de la misma esencia.

La señorita Devaux tenia la silla (*) apartada en la iglesia, al lado de la de la señora Angélica; pero Antonina, que venia á la iglesia para hacer oracion y no para ser vista, que venia á este lugar sagrado por la mañana, á la hora

(*) En Francia se usa poner sillas en las iglesias, que ocupan, mediante una corta retribucion, las señoras y señoritas.

en que el sol se levanta, cuando la oracion parece tener todo el espacio libre en la naturaleza, á la hora en que duermen aun los que nunca oran; Antonina, decimos, se arrodillaba siempre delante de alguno de los altares particulares, donde regularmente offician los sacerdotes al fulgor de una lámpara y delante de cinco ó seis fieles á lo mas.—Con este motivo nos permitiremos algunas reflexiones.

La religion matutina, si se nos permite usar esta espresion para hacer comprender nuestra idea, tiene un aspecto mas cristiano, mas sentimental y que conmueve mas, que esa religion del medio dia rodeada de pompas, perfumada de inciensos esquisitos. En nuestro concepto, hay todavía un resto de paganismo en esas fiestas fastuosas y soberbias, dedicadas á ese Dios cuyo Hijo vino á la tierra para enseñarnos la modestia y la humildad.

En lugar de asistir á las grandes ceremonias religiosas que ostentan toda la riqueza de su sacristía, que llenan el templo de flores, de luces, que necesitan de los centinelas que impidan la entrada al pueblo humilde en la casa de Dios, como si ante él hubiera esas diferencias ridículas y miserables... en lugar de esto, entrad por la mañana, cuando las puertas acaban de abrirse en una iglesia como en la que acababa de entrar Edmundo, y á traves de la media oscuridad que reina todavía en aquel lu-

gar, en medio del silencio solemne que debería reinar siempre en la casa del Señor, dirigios hácia uno de los modestos altares que acabamos de indicar. Allí vereis un sacerdote vestido con sencillez, y cuatro ó cinco personas que vienen á misa, solo por ella, y no para que se diga que se las ha visto en la iglesia: airodillaos vosotros tambien, y en aquel oscuro rincon mirareis á Dios aparecéseos mas grande y magestuoso que sobre el altar mayor resplandeciente de oro, de piedras y de cirios. Desde allí vuestro espíritu se dirigirá fácilmente hácia los primeros cristianos, sirviendo, loando, cantando al Dios nuevo entre las catacumbas de Roma, separados únicamente por sus verdugos, del cielo, que acababan de descubrir.

Entónces, solo entónces, comprendereis los santos y consoladores misterios de esta religion cristiana, árbol colosal, enraizado en las entrañas de la tierra, cuyos ramos poderosos han roto la roca que queria comprimirlos, y á la sombra del cual vienen á sentarse hoy las generaciones llenas de reconocimiento. Por buenos que háyais entrado en la iglesia, saldreis siempre mejores: haced la prueba.

Bastante se ha hablado de las iglesias de aldea, como de aquellas en que la espresion de la fe es al mismo tiempo la mas sencilla y la mas grata al Señor; y tienen razon. La iglesia de la aldea, cuyo campanario sin pretensiones,

domina todos los techos de paja, como una mirada maternal clavada sobre sus hijos; cuyo tosco reloj hace sonar la hora del trabajo, esa otra oracion; colocada entre la plaza, donde juegan los niños, y cementerio, donde duermen los muertos; puesta ahí como el emblema palpable de la vida, y á la vez como el objeto á que debe llegarse y como el objeto logrado: la iglesia, lo repetirémos aun, es un espectáculo dulce y consolador. Allí es donde el niño es bautizado; allí es donde hace su primera comunión; allí donde se casa; allí donde viene á buscar la prostrera oracion de que tiene necesidad, cuando Dios lo llama á su seno. . . . Toda su vida está ahí, entra por una puerta, y sale por la otra.

¡Dichosos los que jamas han perdido de vista la torre de la aldea donde nacieron!

En Paris no sucede lo mismo: la sociedad tiende continuamente á alejaros de Dios: no se sabe donde ha sido uno bautizado; no se conoce al sacerdote que os ha dado la comunión; ó si se le conoce, nunca se le ve; se habita en veinte parroquias, se casa uno en cualquiera iglesia, y se recibe la Extrema-Uncion del primer sacerdote que se presenta.

Hé aquí por qué observareis siempre un colorido particular en los escritos de los que han nacido en una aldea y han vivido en ella durante sus primeros veinte años. Sus sentimien-

tos y sus ideas conservan un perfume de que afortunadamente no pueden despojarse; es como una aroma de violetas, es como un reflejo eterno de juventud y de primavera. Los escritores de las ciudades populosas traen sus fuerzas de la sociedad; los escritores venidos de las aldeas traen su inspiracion del mismo Dios. El campanario, las fiestas sencillas, el trabajo de los campos, la cancion monótona del trabajador que vuelve por la tarde á su cabaña; la tosca estatua de la Virgen, rodeada de ofrendas y de votos; el cura que pasa y á quien cada cual saluda; todo esto se encuentra en su estílo, como en su memoria, en el porvenir que se imaginan, como en lo pasado que recuerdan.

En cuanto tienen un momento disponible, corren á volver á ver todo lo que recuerdan, y se detienen con las lágrimas en los ojos ante la grosera pintura que representa á San Sebastian ó á San Antonio, que hace reir al parisiense cuando la ve, y que está, para ellos llena de dulces y tranquilas emociones. Toda su infancia está contenida en aquella pintura que, á pesar de los progresos del siglo, han hecho bien de no reemplazar. ¡No se sabe cuántos pensamientos poéticos se hallan como adheridos á ciertos objetos, que todo el mundo encuentra ridículos! Yo tengo una tacita con flores azules, en la que bebía leche cuando tenía cuatro años, y á la cual he hecho mas de cincuenta

elegías, que no he escrito, se entiende, pero que están adheridas á la taza como los flores azules que tiene pintadas.

¡Dichosos tambien los que cuando escriben un libro, pueden pintar la aldea donde nacieron, y que oyen de tiempo en tiempo el ruido toscos de los pasos de algun compatriota que viene á saludarlos y á traerles noticias del pais!

Por último, consultad á las personas que han viajado, y os dirán siempre, que han hallado en su camino alguna aldehuela pacífica, silenciosa, donde hubieran querido detenerse para terminar allí su vida, ese viage hácia Dios. . . !

Hacia algunos instantes que Edmundo se hallaba en la iglesia, cuando vió entrar á Antonina acompañada de la señora Angélica: su corazon comenzó á palpar con inusitada violencia; y deseando ser visto de la jóven, temia al mismo que lo descubriese muy pronto. Entónces se ocultó detras de una columna.

La señorita Devaux pasó casi junto á él sin verlo, y fué á arrodillarse en una capilla, donde comenzaba á celebrarse en aquel momento la misa, al fondo de la iglesia.

Antonina se persignó, abrió su libro y comenzó sus oraciones.

Edmundo tenia un corazon muy religioso, para querer turbar á la señorita Devaux en sus devociones; no deseaba otra cosa que ser visto por ella, á fin de probarla así que buscaba to-

das las ocasiones de encontrarla. No hizo, pues, algun movimiento que pudiera distraerla; pero se acercó á la silla junto á la cual la jóven estaba arrodillada, y permaneci6 en estática contemplacion ante, ó mejor dicho detras, de la doncella.

Antonina le parecia en aquel momento aun mas encantadora que la primera ocasion. ¡Habeis estado alguna vez enamorado de una muchacha, y os habeis encontrado en la posicion en que Edmundo se hallaba frente de Antonina, separado de ella fisicamente por un espacio de medio pié, y moralmente por un millar de leguas? Lo mismo experimentaba Edmundo enamorado de Antonina: algo habia entre sí que le revelaba que no era del todo indiferente á la hija del doctor: muy posible era que un dia llegara él á ser su marido, y que ella le perteneciese en cuerpo y alma: la tenia delante; ella le habia escrito: para hacerse notar de ella le necesitaba mas que de tocarla el brazo con la punta del dedo, ó decirla algunas palabras al oido . . . y sin embargo, no lo hacia, y temblaba ahora de ser percibido en aquel lugar, como el niño que ha cométido una falta, tiembla de ser reñido por su madre.

Despues de que transcurriera cierto tiempo, despues de cumplidas ciertas formalidades, Edmundo podia esperar que aquel hermoso cuerpo que se inclinaba sobre la silla, que aquellas

blanquísimas manecitas, que volvian las páginas del devocionario, que esos lindos ojos negros, que leian las palabras que repetia la boca y comprendia el corazon de Antonina, que todo aquello seria suyo, solo suyo, sin rubor, sin pesares, y á la hora que era, á pesar de que sentia en su corazon hervir todas las sensaciones que despertaban en él la presencia de la muchacha, no se atrevia á dirigirla la palabra, y hacia consistir su felicidad, y esto despues de mil dudas y temores, en tocar con la punta de su pié la orla de su vestido.

Pero la casualidad, ese di6s de los amantes, vino al auxilio de la timidez de Edmundo.

Antonina habia permanecido de rodillas desde que habia llegado, de manera que la silla sobre que hubiera podido sentarse, estaba libre. Sobre esta silla era donde Edmundo apoyaba sus dos manos, porque él tambien estaba arrodillado. Empero nuestro héroe se hallaba sumergido en tan profunda meditacion, que cuando llegó la hora del *Credo*, y todo el mundo se sent6, no pens6 en hacer lo mismo que los demas, resultando que Antonina, que ignoraba hubiera una persona ahí detras, sintió que al sentarse, su cabeza tropezaba con las manos de alguno.

Ent6nces se volvi6 ella diciendo: Perdon . . . pero al volverse, reconoci6 á Edmundo, y no pudo reprimir un ligero grito.

—¿Qué tiene vd? preguntó la la señora Angélica, santamente absorta en su libro de misa.

—Nada, respondió Antonina; me lastimé un poco al sentarme.

La señora Angélica se sentó tambien, y siguió masticando sus oraciones.

Hay gentes que rezan por convencimiento; éstas lo hacen con el corazon. Hay otras que rezan por costumbre, y éstas lo hacen con la boca. La señora Angélica, virtuosa si las hay, era de éstas últimas.

El ligero grito de Antonina habia sacado á Edmundo de su contemplacion.

—Me ha visto. . . se dijo á sí mismo. ¡Con tal que mi presencia en este lugar no la ofenda! Ah! ¡si yo pudiera deciría todo lo que tengo en el corazon, todos los sueños que he formado anoche! ¡Si yo pudiera hacerla comprender que mi madre la ama ya, y que reemplazará la suya. . . ¡Si me atreviera á confesarla que hace dos días su imágen no se aparta de mi pecho. . . ! ¡Pero nunca creerá ella que en tan corto tiempo mi corazon ha adelantado tanto! Además, su aya está ahí, y seria comprometer á Antonina hablarla delante de ella. . . y sin embargo, es necesario que yo la hable!

Por su lado Antonina pensaba así:—Aquí está: ¿Cómo habrá podido saber que yo vendria aquí? . . . De cualquiera manera, no es la casualidad la que lo trae; viene por mí, por mí so-

la. ¿Me ama, pues, ya? . . . ¡Habré recibido mi carta? . . . ¿Qué irá á hacer cuando salgamos? . . . ¿se atreverá á hablarme? Espero que aparentará no conocerme. . . y sin embargo tiene derecho para pedirme la esplicacion de mi carta. . . ¿adivinaría que era mia? ¡Con tal que la señora Angélica no vaya á sospechar algo. . . ! ¡Qué pálido está! . . .

En efecto, Edmundo, que se habia acostado á las cuatro de la mañana, y se levantó ántes de las ocho, estaba mas pálido que de costumbre.

Antonina tenia mil deseos de volver el rostro hácia atras, porque sentia instintivamente la mirada de Edmundo que la devoraba; pero no se atrevia á moverse, porque adivinaba que el jóven seguiria todas las ondulaciones de su torneada cintura. . . Su corazon latia tambien con violencia.

Aquellos dos seres tenian un mismo pensamiento; caminaban hácia un mismo resultado; ámbos hubieran querido hablarse sin rebozo con todo el fuego de sus corazones; pero ámbos se huian, por respeto el uno, por pudor el otro.

El amor está compuesto de todas estas cosas; cosas indescriptibles, invisibles como el perfume y como el canto, que se le respira y se le oye sin poder detenerlos ni aun lizarlos. . .

La misa habia terminado, y Antonina se ha-

llaba aun en su lugar; pero la señora Angélica, que habia cerrado su libro, la dijo:

—¿Qué hace vd? ¿no nos vamos?

—¿Estará pensando en mí?... se dijo á sí mismo Edmundo con una mezcla de inquietud y regocijo.

Al irse Antonina, con el rabo del ojo miró hácia atrás: no vió á Edmundo, pero oyó sus pasos.

—¿Vendrá hoy á casa de mi padre? pensaba.

Cuando la señorita Devaux se detuvo junto á la pileta de agua bendita, ántes de salir de la iglesia, vió á Edmundo que salia por la puerta contraria á que ella iba á hacerlo.

—Muy bien hecho, pensó la jóven... ¡Qué delicado! No abusa de su posición.

Es que el corazon de la jóven tenia necesidad de deber algo, de hallarse reconocido por cualquier favor á Edmundo.

Por lo que respecta á él, este amante del amor tenia lo que deseaba, y muy pocos habrá que en tan poco tiempo hayan adelantado el terreno que él. Empero afortunadamente ignoraba á lo que debia tan envidiable fortuna.

Cuando Antonina hubo salido á la calle, percibió á Edmundo que á veinte pasos de distancia por delante, tomaba el mismo camino que ella debia seguir.

La señora Angélica caminaba como una devota calculista, que no quiere atreverse á arries-

gar por una sola palabra todo el provecho de sus oraciones.

En el momento en que la señorita Devaux iba á entrar en su casa, Péreux se volvió, y llevó á sus labios la carta que habia recibido el día anterior.

Antonina se ruborizó y bajó los ojos.

—Ella es en efecto quien me ha escrito, murmuró nuestro héroe; y suceda lo que sucediere, yo le daré las gracias por su carta.... ¿mas cómo hablarla?

Hacia diez minutos que Antonina habia desaparecido, cuando Edmundo permanecia aun con los ojos fijos en el lugar que habian tocado sus piececitos.

Tan luego como la jóven llegó á su aposento, hubiera querido asomarse por la ventana; pero la persiana estaba levantada, las vidrieras entreabiertas, y tuvo miedo de ser vista por el doncel, que iba á decidirse á dejar la calle de Lille, cuando oyó una vocecita que le decia muy quedo:

—¿Tan temprano en observacion, hermoso enamorado?

Edmundo volvió el rostro, y reconoció á Nichette, que traia bajo el brazo una caja de carton, como acostumbra las modistas.

—¿Vd. por aquí, Nichete? le preguntó.

—Yo, sí. ¿No le habia prometido á vd., señor olvidadizo, ocuparme de sus asuntos?

- ¿Y desde este momento va vd. á hacerlo?
—Sí.
—Qué va vd. á hacer?
—Voy á subir á casa de la señorita Devaux.
—Con qué pretesto?
—Con el pretesto de hacerla sombrerillos y fallitas, y enseñarla las que traigo.
—Y si no recibe á vd?
—Sí me recibirá; no tenga vd. cuidado.
—¡Va vd. á verla...! ¡qué feliz va vd. á ser!
—Y vd., ¿la ha visto ahora?
—Sí.
—En misa?
—Precisamente.
—Ya teneis, pues, un dia feliz...
—Por lo ménos...
—Y á quién se lo debe vd?
—A ella!
—Y á mí, ingrato, que le dí el consejo de ir á la iglesia.
—Tiene vd. mucha razon, querida Nichette.
—Pues ahora, adios!
—Pero... ¿realmente va vd. á entrar?
—Va vd. á verlo.
—Y la hablará vd de mí?
—Se entiende.
—¡Mucho cuidado!
—Deseche vd. todo temor; conozco el corazon de las mugeres, y quiero que vd. sea dichoso y me deba su felicidad... Déjeme vd.

obrar, y vaya á verme hoy á las dos de la tarde... muchas cosas tendré que contarle...

- Cuidado con alguna imprudencia!
—Dejo á vd., cobarde... ¡hasta las dos!
—Sin falta.

Nichette dió un ligero y gracioso salto, del empedrado adonde se hallaba, á la banqueta, y entró en la casa del señor Devaux despues de haber dirigido dos ó tres sonrisas á Edmundo.

—¡Qué buena muchacha! decia éste alejándose ¡qué corazon de oro!... ¡Y decir que hay gentes que desprecian á las grisetas!...

